

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,

D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN ANIVERSARIO

DE LA VICARIA DE LA SOLIDARIDAD

SANTIAGO, 3 de Octubre de 1991.

He aceptado, con el mayor agrado, la cordial invitación de Monseñor Sergio Valech para participar en este nuevo aniversario de la Vicaría de la Solidaridad y de su antecesor, el Comité de Cooperación para la Paz en Chile, porque juzgo un acto de justicia ineludible testimoniar y conmemorar el alto significado de su acción. En conjunto se cumplen 18 años de trabajo abnegado y certero que causa admiración y merece gratitud. Vengo, como Presidente de la República, a rendir un sentido homenaje de reconocimiento a quienes han consagrado tanto esfuerzo y generosidad en la labor cumplida por esta institución. Sé muy bien lo que cada uno arriesgó para asumir el camino de la promoción y defensa de los derechos humanos. La gran mayoría sufrió incomprensiones y críticas; algunos, la cárcel y el exilio; muchos, la persecución y el hostigamiento, e incluso debieron padecer la muerte violenta de José Manuel Parada. Todos y cada uno sufrieron solidariamente el dolor de los miles de chilenos que golpearon las puertas de la Vicaría o participaron en las decenas de organizaciones nacidas junto a ella.

No es ésta la primera vez que vengo a esta Vicaría. Recuerdo haber participado, ya en 1978, en los actos que la Iglesia de Santiago organizó para conmemorar el Año de los Derechos Humanos. En torno a este tema, se promovieron entonces diversas reuniones de dirigentes sindicales y poblacionales, profesionales, artistas e intelectuales, para crear conciencia en Chile sobre el

significativo lema que presidió esos encuentros: "todo hombre tiene el derecho de ser persona". Desde la lejanía del tiempo, hoy resulta asombroso que entonces haya sido necesario afirmar tan maciza e indiscutible verdad. Ese año, en que descubrieron los restos de detenidos desaparecidos enterrados en Lonquén, esta Vicaría nos señalaba nuestra vocación humana primordial.

En aquellos años en que los partidos políticos estaban prohibidos y se reprimía su actividad, era difícil e incluso peligroso reunirse a poner en común los deseos y proyectos que teníamos para el bien de Chile. Era sospechoso hacerlo. La Iglesia, en la Vicaría de la Solidaridad, organizó encuentros, seminarios, mesas redondas y discusiones que sirvieron para reunir a muchos que habíamos sido adversarios, para poner en común nuestros planteamientos. De este modo se fue generando un clima de reencuentro entre chilenos de distintas posiciones ideológicas, unidos por el común anhelo de restablecer la convivencia libre y democrática en nuestro país, que cristalizó en diversas instancias de concertación, como la Comisión Chilena de Derechos Humanos y como el Grupo de Estudios Constitucionales de los 24.

Por estas razones, hoy tengo la certeza de representar el sentimiento común de la mayoría de los chilenos al participar en este nuevo aniversario de la Vicaría para agradecer a sus dirigentes, trabajadores y colaboradores, a todos los que han sido sus Vicarios, y, muy especialmente, a su creador el Cardenal Raúl Silva Henríquez. Su nombre y el de cada uno de ellos están inscritos en esa alma de Chile que el Cardenal Silva nos enseñó a reconocer, a amar y a respetar.

Es curioso detenernos en el pasado cuando tenemos los ojos puestos en el futuro. Sin embargo, es necesario hacerlo. Además de cumplir con un deber de gratitud, los pueblos necesitan su memoria para poder avanzar. De lo contrario pierden su identidad, se vuelven infieles a sus raíces y arriesgan cometer en el futuro los mismos errores del pasado. Por esa razón y con perspectivas de futuro, quisiera hacer algunas reflexiones sobre lo que esta Vicaría de la Solidaridad nos ha legado como testimonio.

Esta institución y su obra son **testimonio de humanidad y de verdad**.

Testimonio de humanidad, porque en tiempos en que la convivencia entre los chilenos estaba en crisis, en que el país se dividió entre amigos y enemigos, en que se conculcó el derecho y se limitó el ejercicio de la justicia, aquí hubo una institución y

personas que no perdieron el sentido de la vida.

Testimonio de humanidad al acoger al necesitado, viniera de donde viniera. Es señal de humanidad creer que los seres humanos podemos ser adversarios, pero jamás enemigos. Hay humanidad cuando se convoca a personas de distintos horizontes ideológicos y religiosos para ayudarles a encontrar un camino común de servicio al hombre. Hay humanidad y magnanimidad cuando no se ahorra esfuerzo para responder a las necesidades sentidas de la población, especialmente de los pobres, sin calcular el costo que ese trabajo significa. Sin este sentido de humanidad y sin los testigos que lo hagan presente, se abre el camino para que la violencia represiva y la violencia subversiva se instalen largamente como la forma de resolver los conflictos de los pueblos, como tristemente nos enseña la historia.

Por esta razón pienso que el trabajo por la promoción de los derechos humanos concebidos globalmente -los civiles y políticos, los económicos, sociales y culturales- como lo ha hecho la Iglesia y, en especial, esta Vicaría, es un **trabajo que adelanta la reconciliación** entre las partes en conflicto. La promoción y defensa de los derechos humanos es un trabajo por su naturaleza reconciliador. Preocuparse por el respeto al hombre y a la mujer, en singular y en concreto, es promover la reconciliación. Es reconciliador luchar por el imperio de la justicia. Es reconciliador responder a las necesidades más sentidas de cada persona humana. Todo ello pone las bases para que la reconciliación llegue a ser posible.

Otro fundamento indispensable para la reconciliación es la verdad. Y es digno de la mayor admiración el testimonio de verdad que, en materias de derechos humanos, ha dado con tanto coraje la Vicaría de la Solidaridad. Ella ha contribuido a hacer verdad con su denuncia certera, fundamentada, con sustantivos y no con adjetivos. Ha hecho verdad en la recopilación de antecedentes que paciente y dolorosamente han servido para la defensa jurídica de encarcelados y exiliados, y hasta en la búsqueda y el reconocimiento póstumo de los detenidos desaparecidos. Ha hecho verdad al recordar, con el trabajo y la palabra, que los derechos humanos son los derechos de Dios.

El aprecio y admiración que esta acción merece han trascendido las fronteras patrias, suscitando universal respeto y reconocimiento a esta Institución de Iglesia que ha trabajado con tanto profesionalismo, con tanta eficiencia y con tanta verdad. Los premios de derechos humanos recibidos por la Vicaría son de esto un claro testimonio.

A la Vicaría, lo sabemos, se le formularon muchas acusaciones tan apasionadas como injustas. Sin embargo, nunca nadie ha podido decir que inventaba o tergiversaba hechos, o que exageraba cifras y situaciones. En todo estudio jurídico serio, cuando ha habido dudas sobre los hechos, se ha impuesto por su acuciosidad y su verdad el testimonio de la Vicaría.

Verdad y Reconciliación son dos conceptos, dos llamados, dos tareas, que quisimos plasmar en una Comisión de mujeres y hombres buenos, para que el país pudiera recibir un informe serio, completo, objetivo, desapasionado de lo que muchos chilenos padecieron en años felizmente pasados. Esta ha sido una forma de recoger en la sociedad civil el legado de este testimonio eclesial. Nadie puede ignorar lo que el aporte de esta Vicaría significó para hacer posible el informe de la Comisión de Verdad y Reconciliación.

No debo concluir mis palabras sin destacar **el trabajo social** realizado por la Vicaría. Unidas a su nombre están los talleres solidarios, los comedores infantiles, las ollas comunes, los centros de apoyo escolar, los "comprando juntos", las colonias urbanas, las policlínicas de solidaridad y tantas otras organizaciones creadas y animadas para responder a las necesidades cotidianas y sentidas de la población. Sé muy bien que todas estas iniciativas no son obra exclusiva de la Vicaría y que jamás ella pretendió que así lo fuera. Esto nos enseña el significado de la palabra gratuidad: trabajar con el deseo de servir, sin querer hacer proselitismo religioso y menos aún político, y respetando radicalmente a la organización popular. Hago especial mención a este enorme trabajo social, porque creo que el país sabe mucho y reconoce el trabajo jurídico emprendido por la Vicaría, pero no tiene conciencia de la magnitud del trabajo social que ha realizado en beneficio de decenas de miles de chilenos.

Hoy, cuando el país retoma su senda democrática, estos trabajos sociales y las organizaciones que de ellos han nacido, van reinsertándose paulatinamente en el tejido social al cual pertenecen y comienzan a recibir apoyo gubernamental a través de los programas del FOSIS y de la acción que realizan los ministerios que actúan en el área social. Para el Gobierno que presido, **la organización popular es un rasgo característico del alma de este pueblo**. No es una asechanza. El gobierno respeta su autonomía, sus características propias y sabe muy bien que éstas trascienden el ámbito de lo político partidario, porque agrupan a las personas en torno a la solución de necesidades esenciales y no por sus preferencias políticas o ideológicas.

Hay en este campo mucho por hacer; lo sabemos. Estamos decididos, como lo he dicho tantas veces, a hacer social la economía vigente poniendo nuestros mejores esfuerzos y los mayores recursos al servicio de los más necesitados. En la sociedad humana y solidaria que buscamos construir, ellos deben ser objeto de nuestra preocupación preferente.

Al concluir estas reflexiones, no encuentro mejor palabra para testimoniar el sentimiento que me embarga y que suscita y merece el trabajo de la Vicaría de la Solidaridad, que decirle "gracias". Agradezco a sus trabajadores y a sus directivos. Agradezco especialmente a quienes han encabezado e inspirado esta tarea. Agradezco de corazón que tanto chileno haya encontrado acogida en su dolor y en la defensa de sus derechos. Agradezco a los Arzobispos de Santiago y al Vicario de la Solidaridad. Gracias. Muchas Gracias.

* * * * *

SANTIAGO, 3 de Octubre de 1991.

M.L.S.